

el ministro frances le introdujo de madrugada en Kelham, cuartel general de los escoceses.

El conde de Leven y sus oficiales afectaron al verle gran sorpresa; se dió al instante aviso á los comisionados del parlamento, y partieron correos para anunciarlo á Edimburgo y á Lóndres. Tanto los oficiales como los soldados le trataban con sumo respeto; pero por la noche se le dió una crecida guardia á pretesto de hacerle los honores debidos, y cuando el rey para conocer su situacion quiso dar el santo, le dijo Leven: «Permita V. M. que lo haga yo mismo que soy aquí el soldado mas antiguo (1).»

(1) Véanse á Malcolm Laing, á Clarendon, y á los demás autores, cuyo nombre fuera inútil repetir, y de que hemos dado ya noticia en una nota.

LIBRO SEPTIMO.

Inquietudes y maquinaciones de los independientes.—Permanencia del rey en Newcastle.—No admite las proposiciones del parlamento.—Este se pone de acuerdo con los Escoceses para que le entreguen al rey y se retiren del reino.—Verificanlo.—El rey es conducido á Holmby.—Estalla la discordia entre el parlamento y el ejército.—Conducta de Cromwell.—Saca de Holmby al rey.—Marcha el ejército sobre Lóndres y acusa á once gefes presbiterianos.—Se apartan estos del parlamento.—Permanencia de Carlos en Hamptoncourt.—Negocia con el ejército.—Asonada en la capital en favor de la paz.—Muchos miembros de ambas cámaras se retiran al ejército.—Este los vuelve á traer á Lóndres.—Derrota de los presbiterianos.—Aparecen los republicanos y los niveladores.—Cromwell se hace sospechoso á los soldados.—Insurreccion de estos contra los oficiales.—Política de Cromwell.—Terroros del rey.—Huye á la isla de Wight.

(1646. -1647.)

No tardó en llegar á Lóndres la noticia de que el rey habia salido de Oxford, pero sin que en nada pudiera traslucirse donde estaba ni el punto á donde se encaminaba. Corrió la voz que se habria ocultado en la capital, y se amenazó nuevamente de muerte á cualquiera que lo ocultara. Fairfax escribió que se habia dirigido á los condados del Oeste, y al instante se enviaron allá los coroneles Russel y Wharton, oficiales de confianza, con órden de no omitir medio de buscarlo. Inciertos á la vez los parlamentarios y los realistas, estaban impacientes los unos en sus esperanzas y los otros en sus terrores.

El 6 de mayo por la noche llegó en fin la noticia de que se encontraba el rey en el campamento de los escoceses. Al dia siguiente votaron los diputados del pueblo que solo á las dos cámaras incumbia disponer de su persona, y que fuese conducido sin retardo al castillo de Warwick. Los lores no quisieron adherirse á esta proposicion, pero aprobaron que

Poyntz, acantonado junto á Newark, recibiese orden de observar todos los movimientos del ejército escocés, y que Fairfax acudiese allá en caso de necesidad.

Los escoceses por su parte, deseosos de alejarse, obtuvieron del rey que les entregase la plaza de Newark, que fue confiada á las tropas de Poyntz, y colocando al rey á vanguardia, se dirigieron á Newcastle, frontera de su país.

El partido independiente estaba sumamente inquieto. Hacia un año que todo prosperaba para él: dueño del ejército, había vencido en todas partes, afectando vivamente con sus victorias la imaginación del pueblo. A sus banderas acudían los hombres osados, los ambiciosos enérgicos, los exaltados en sus esperanzas, cuantos aspiraban á hacer fortuna, cuantos hacían castillos en el aire, ó meditaban planes gigantescos. El talento mismo no hallaba comodidad ni anchura sino entre ellos. Milton, joven todavía, pero célebre ya por su elegancia y sus conocimientos, acababa de reclamar con una nobleza de lenguaje hasta entonces desconocida la libertad de conciencia, la de imprenta y la facultad del divorcio; indignado de tanta audacia el clero presbiteriano le había en vano acusado á las cámaras, tomando por un crimen la tolerancia de tales escritos. John Lilburne, conocido ya por su ardiente resistencia á la tiranía, empezaba su infatigable guerra contra los lores, los jueces y los juriscultores, y se había hecho popular.

La confianza y el número de congregaciones disidentes, que subían ya á cincuenta y cuatro, unidas todas á los independientes, era mayor cada día. En vano los presbiterianos habían al cabo obtenido de las cámaras el establecimiento esclusivo y oficial de su iglesia, pues los independientes favorecidos de los juriscultores y de los libertinos, habían logrado mantener la supremacía del parlamento en materia religiosa, y de este modo habían enervado aquella medida, en cuya ejecución se iba empleando la mayor lentitud. Al propio tiempo se aumentaba considerablemente con los donativos de las cámaras la fortuna personal de los jefes del partido, en especial de Cromwell. En cuanto llegaban del ejército eran recibidos del parlamento con solemnes homenajes; y en cuanto partían para él, demostraban su influjo las gratificaciones y los empleos prodigados á sus amigos. Así en Londres en fin, como en los condados, ya se tratase de religión ó de política, de intereses ó de principios, todo el movimiento social se pronunciaba altamente por este partido. Pero en medio de tantas prosperidades, estando á punto de alcanzar el poder, se

veía amenazado de perderlo todo, si en efecto llegaban á alzarse contra él, el rey y los presbiterianos.

De todo echó mano para librarse de tamaño riesgo. A impulso de su primer arrebató hubiera querido atacar á los escoceses y apoderarse del rey á viva fuerza; pero, á pesar de sus ventajas en las nuevas elecciones, estaba obligado á gobernarse con mas prudencia. Era evidente su minoría en la cámara alta, y no poseía en la baja mas que un ascendiente precario, debido á la inesperienza de los miembros nuevamente elegidos, mas bien que á sus sentimientos. Puso en juego otros medios osados, artificiosos y secretos, trató de injuriar á los escoceses, é irritar contra ellos al pueblo, con la esperanza de un rompimiento: unas veces eran detenidos é interceptados sus partes á las mismas puertas de Londres por subalternos, contra los que pedían en vano justicia; otras llegaban contra ellos peticiones de los condados del Norte, contando sus exacciones, sus desórdenes, y lo que por su causa tenía que sufrir el país. El Alderman Foot fue el único que por el contrario presentó una en favor de aquellos en nombre de la capital, y pidió al mismo tiempo la represión de los nuevos sectarios, móviles de los desórdenes en la iglesia y en el Estado: los lores dieron por ello las gracias á la municipalidad; pero la otra cámara se dignó apenas contestar concisa y secamente.

Existían todavía algunos regimientos, últimos restos del ejército de Essex, en que dominaban los sentimientos presbiterianos, entre ellos una brigada acantonada en Wiltshire, al mando del mayor general Massey, valiente defensor de Gloucester: poco se tardó en dar contra ella todo género de quejas, y en obtener su licenciamiento. En las cámaras y en los periódicos, en los lugares públicos y en el ejército, los independientes hablaban de los escoceses con insulto, quejándose de su codicia, burlándose de su economía, minando con éxito las prevenciones nacionales y las desconfianzas populares, y aprovechando toda coyuntura para escitar contra ellos el desprecio y el odio. Por último la cámara baja votó que ya no tenían necesidad del ejército escocés, y que entregándole 100,000 libras esterlinas y pidiéndole cuenta por lo restante, se le rogase que volviera á su país.

Este paso no produjo el efecto que se deseaba. Los escoceses lo escucharon todo con la mayor indiferencia; pero su conducta fue trivial y vacilante, y esto es lo que convenia á sus enemigos. Grandemente embarazosa era la situación de los jefes dispuestos á servir al rey. Incurable este de su doblez, porque á nada se creía obligado respeto de unos sub-

ditos rebeldes, meditaba su ruina al tiempo que imploraba su apoyo : pocos días antes de salir de Oxford escribió á Digby : « No desespero de empeñar á los presbiterianos ó á los independientes á que se me unan para esterminarse los unos á los otros , y entonces seré rey. » El pueblo presbiteriano por su parte, bien fuese ingles ó escocés, gobernado siempre por sus ministros, siempre lleno de interés por el pacto y por el triunfo de su iglesia, no queria oír hablar de composiciones con el rey sino á trueque de que cumplieran sus esperanzas : de manera que ni los moderados se hallaban en el caso de poder negociar con él. En tal zozobra, acusados por sus rivales é instigados por sus mismos exigentes secuaces, sus palabras quedaban desmentidas por los actos, y estos se destruían mutuamente.

Querian la paz, la prometian al rey, hablaban sin cesar á sus enemigos del temor que les causaban los independientes ; y sin embargo jamás habian sido tantas sus declaraciones de celo por el pacto de adhesion á las cámaras, y de inviolable union, ni en ningun tiempo se habian mostrado tan duros é intratables con el rey y los caballeros. Fueron condenados y muertos seis de los mas ilustres compañeros de Montrose cogidos en la batalla de Philip-Haugh, rigor sin ejemplar en la guerra civil de Inglaterra, y que solo tenia por motivo la venganza. Cárlos, antes de salir de Oxford, habia escrito al marques de Ormond que solo se dirigia al campamento de los escoceses en virtud de la promesa de que si necesario fuese defenderian sus justos derechos ; y si bien el lenguaje de aquello hubiese sido menos explícito, es indudable con todo que habian dado lugar á tales esperanzas. Ormond publicó la carta del rey ; mas los escoceses se apresuraron á desmentirla, tachándola de embuste dañoso. Diariamente subia de punto el rigor en torno del monarca ; se prohibió acercársele á cuantos habian peleado á sus órdenes, y se interceptaron constantemente sus cartas. Para dar por último una brillante prueba de su lealtad al pacto, le intimaron que se instruyese en la verdadera doctrina de Cristo, de manera que Henderson, el mas famoso predicador del partido, pasó á Newcastle para emprender oficialmente la conversion del monarca cautivo.

Hábil y dignamente sostuvo Cárlos esta prueba, aferrado en su adhesion á la iglesia anglicana, pero raciocinando moderadamente contra un contrario tambien moderado. Durante la discusion escribió el rey á todos los gobernadores realistas que entregasen sus plazas, á las cámaras que le enviasen sus proposiciones, á Ormond que continuase negociando con

los irlandeses hasta tanto que recibiese contra órden, y á Glamorgan por fin, su mas íntimo confidente, en estos términos : « Si podeis procurarme una crecida cantidad de dinero, empeñando para su cobro mi reino, en cuanto vuelva á poseerlo pagaré con usura. Decid al nuncio del papa que si encuentro medio de pasar entre vosotros, lo haré seguramente, pues veo con claridad que todos los demás me desprecian. »

Le llegaron al fin las proposiciones de las cámaras, que estaban encargados de presentarle los condes de Pembroke y de Suffolk, y cuatro miembros de la cámara baja. Goodwin, uno de estos, empezó á leérselas. « Una pregunta, señores, dijo el rey interrumpiéndole : ¿teneis poderes para tratar?—No, señor.—En este caso salvo el honor del mensaje, hubiera podido hacer lo que vosotros un trompeta. » Goodwin acabó su lectura. « Pienso, dijo el rey que no deseareis una respuesta instantánea, porque el negocio es grave.—Señor, respondió Pembroke, solo podemos permanecer aquí diez dias.—Está bien, repuso Cárlos, os daré la respuesta á tiempo : podeis retiraros. »

Trascurrieron muchos dias sin que se hablase de nada á los comisionados. El rey leía y releía tristemente las proposiciones, mas humillantes y duras por cierto que cuantas habia hasta entonces desechado. Se le pedia la adopcion del pacto, la abolicion completa de la iglesia episcopal, y la concesion por veinte años del mando del ejército, de la marina y de la milicia á favor del parlamento. Además se escluía de todo indulto á sesenta y uno de sus mas fieles amigos, y de los cargos públicos, hasta tanto que otra cosa dispusiesen las cámaras á cuantos habian abrazado su partido. Instábanle sin embargo que lo aceptase todo ; M. de Bellievre, embajador de Francia, llegado á Newcastle el dia mismo que el mensaje de las cámaras, se lo aconsejaba en nombre de su córte ; Montreuil le trajo cartas de la reina que se lo rogaban, y aun ella misma, por consejo de Bellievre, le envió uno de sus domésticos para decirle que todos sus amigos desaprobaban su resistencia. ¿Qué amigos? dijo Cárlos con enfado.—Lord Jermin, señor.—Jermin nada entiende en punto á iglesia.—Lord Colepepper no tiene religion ; pero Hyde qué opina?—Lo ignoramos ; el canceller de hacienda no está en Paris ; ha abandonado al principe, y permanecido en Jersey, de lo que está muy resentida la reina.—Y sin razon ; el canceller es un hombre honrado que no abandonará jamás á su rey, á su principe, ni á su iglesia : mucho siento que no esté al lado de mi hijo. » El enviado de la reina, William Davenant, insistia con la vivacidad de un poeta y la ligereza de un

libertino, hasta que incomodado el rey le mandó retirarse. No eran menos vivas las instancias de parte de los presbiterianos; muchas ciudades de Escocia, entre otras Edimburgo, dirigieron al rey amistosas peticiones: hasta la capital hubiera hecho otro tanto sino se lo hubiese impedido una prohibición formal de la cámara baja. Uniéronse en fin la amenaza á la súplica; la asamblea general de la iglesia escocesa pidió que en ningún caso pudiese el rey entrar en Escocia sin su consentimiento al pacto, y en una audiencia solemne, el canciller lord Lowden le declaró en presencia de los comisionados escoceses que si insistía en su negativa se le negaría en efecto la entrada en Escocia, y tal vez sería depuesto en Inglaterra para instituir otro gobierno.

Nada pudo vencer el orgullo del rey, ni sus escrúpulos religiosos, ni las secretas esperanzas á que daban pábulo algunos amigos crédulos é intrigantes. Después de haber retardado de día en día su respuesta, por último, el 1.º de agosto llamó ante sí á los comisionados, y les entregó un mensaje escrito, en el que sin desechar absolutamente sus proposiciones, pedía de nuevo que se le admitiese en Londres para tratar en persona con el parlamento.

Los independientes no pudieron contener su alegría. A la vuelta de los comisionados se propuso según costumbre votarles las gracias. «Al rey se deben dar, exclamó un miembro.—¿Qué va á ser de nosotros ahora que ha desechado nuestras proposiciones? preguntaba lleno de zozobra un presbiteriano.—¿Qué hubiera sido de nosotros si las hubiese aceptado?» respondió un independiente. Llegó á poco un mensaje de los comisionados escoceses, ofreciendo entregar todas las plazas que ocupaban, y retirar de Inglaterra su ejército. Los lores votaron que sus hermanos de Escocia habían merecido bien del reino; no así los diputados del pueblo pero decretaron que prohibían hablar mal ni imprimir nada contra los escoceses. Momentáneamente pareció que los dos partidos, exasperado uno y animado otro con la negativa del rey, solo trataban de arreglar de mancomun sus intereses.

Pero las treguas de la prudencia ó del despecho son efímeras entre pasiones encontradas. La retirada de los escoceses daba margen á dos cuestiones: 1.ª ¿cómo se les pagarían los atrasos que les eran debidos, y que hacía tanto tiempo reclamaban? y 2.ª ¿quién dispondría de la persona del rey? no bien se habló de esto cuando los partidos volvieron á encrespase nuevamente.

Tocante á la primera, obtuvieron fácilmente ventaja los presbiterianos.

Bien es verdad que eran exorbitantes las demandas de los escoceses, pues sin contar lo que tenían recibido, reclamaban aun unas 700,000 libras esterlinas: «sin enumerar, decían, las pérdidas enormes que ha experimentado la Escocia á causa de su alianza con la Inglaterra, y cuya evaluación dejaban á la equidad de las cámaras.» Clamaron los independientes con amarga ironía contra una fraternidad tan onerosa, y á su vez opusieron á los escoceses una cuenta detallada de las sumas que habían percibido y de sus exacciones en el Norte del reino, cuenta según la cual la Escocia debería aun á la Inglaterra sobre una 400,000 libras esterlinas. Pero tales recriminaciones no podían ser admitidas, ni aun seriamente discutidas por hombres sensatos. La retirada de los escoceses era evidentemente necesaria; la solicitaban vivamente los condados del Norte, y para obtenerla era preciso pagar, porque una guerra hubiera costado mucho más cara, y había comprometido gravemente al parlamento. La obstinación rastrera de los independientes se tomó á ceguera ó á intriga; los presbiterianos por el contrario prometían hacer más razonables á los escoceses; todos los hombres indecisos, fluctuantes, ó reservados, que no pertenecían á ningún partido, y que cansados del despotismo presbiteriano habían dado frecuentemente la mayoría á los independientes, los abandonaron en esta ocasión. Votáronse 400,000 libras esterlinas como el máximo de las concesiones á que podían aspirar los escoceses, pagaderas la mitad á la época de su partida, y la otra mitad dentro del plazo de dos años. Aceptaron la propuesta, y al momento se abrió en la capital un empréstito para el cumplimiento de aquellas condiciones, dando por hipoteca el producto de la venta de los bienes de la iglesia.

Pero en cuanto se trató de la persona del rey fue embarazosa la posición del partido presbiteriano. Hubiera deseado este que permaneciese entre los escoceses, y sin embargo el orgullo nacional se lo impedía, porque estaba en el honor del pueblo inglés disponer absolutamente de su soberano: ¿qué jurisdicción tenían los escoceses sobre el suelo de Inglaterra? Eran solo auxiliares que clamaban por su sueldo: no se les necesitaba ni se les temía. Ellos sin embargo no podían aceptar sin resistencia tales desprecios; decían que Carlos era su rey así como de los ingleses, y que por lo tanto tenían como estos el derecho de velar por su persona y su destino, puesto que el pacto les obligaba á ello. Enconáronse con la cuestión los ánimos; se multiplicaron las conferencias, los folletos, las declaraciones y las acusaciones mutuas; el pueblo, sin distinción de parti-

dos, se pronunciaba mas vivamente contra las pretensiones de los escoceses, que ya le eran odiosos; reaparecian las preocupaciones y las antipatías nacionales; la codicia y pandería teológica de unos se oponia cada dia mas al fanatismo y á la mayor ilustracion de sus aliados. Hollis, Stapleton y Glynn, jefes del partido presbiteriano, fatigados de una lucha vana trataban de darle un término. Persuadiéronse que si los escoceses entregaban el rey, habria motivo para licenciar el ejército de independientes, verdadero enemigo del parlamento y del monarca. Aconsejaron por tanto á los escoceses que cediesen por interés de ellos mismos: y por este tiempo animados sin duda los lores de iguales sentimientos, adhirieron á esta proposicion de la cámara baja de que hacia cinco meses que no se hablaba: «A las dos cámaras solas incumbe disponer de la persona del rey.»

La mayor parte de los presbiterianos escoceses no deseaban interiormente otra cosa para salir de la posicion embarazosa en que se encontraban. Pero los amigos del rey eran mas odiosos é influyentes, y se hallaba á su frente el duque de Hamilton. Arrestado hacia tres años en un castillo de Cornouailles por sospechoso á la corte, salió libre al cabo cuando cayó en poder del parlamento, pasó algunos dias en Lóndres visitando á Newcastle, donde volvió á favor del rey, y de vuelta á Edimburgo hacia los mas sinceros esfuerzos por servirle. El vino á ser centro de toda la alta nobleza de los presbiterianos moderados, de los sabios que abominaban el ciego fanatismo de la muchedumbre y la insolente dominacion de los ministros, y de los hombres honrados y tímidos, dispuestos á sacrificarlo todo para encontrar algun reposo. Obtuvieron todos de mancomun que se enviase una nueva diputacion á Newcastle para conjurar de rodillas al rey á que aceptase al fin las proposiciones del parlamento.

Las apasionadas instancias de los compatriotas de Carlos, casi todos compañeros de su juventud, hubieron de conmovérle: «Sobre mi palabra, les dijo, os aseguro que los peligros que me habeis pintado me turban menos que el pesar de no poder satisfacer plenamente los votos de mi país natal, que acabais de espresarme. No quiero que se engañe nadie sobre mis intenciones; protesto que no me niego á nada; únicamente deseo ser oido en Lóndres: si un rey negase esta facultad á cualquiera de sus súbditos, pasaria justamente por tirano.» Al dia siguiente, sin duda despues de vanas instancias, ofreció reducir la iglesia episcopal á cinco diócesis, dejando en vigor el régimen presbiteriano en lo restante del reino, y reclamando únicamente para él y los suyos la libertad de su conciencia y de su culto, hasta tanto que de concierto con las cámaras hu-

biese terminado todas las diferencias. Pero, ninguna concesion parcial podia ser suficiente para el pueblo presbiteriano, y cuanto mas ofrecia el rey, mas se dudaba de su buena fé. Su proposicion apenas fue escuchada.

Desalentado Hamilton habló de retirarse al continente, y se esparció al propio tiempo la voz de que el ejército escocés se volvía á su país. En el acto Carlos escribió al duque lo siguiente: «Hamilton, tengo tanto que escribir, y tan poco tiempo para hacerlo, que esta carta será confusa como la época en que vivimos. Lisonjéase la gente de Lóndres de echarme la mano diciendo á mis compatriotas, que no me quieren para tenerme como prisionero, sino para darme una guardia de honor que me acompañe á todas partes para seguridad mia. Digoos pues, y deseara que todos lo supiesen, que no quiero que este ejército me deje solo en Inglaterra, á menos que clara y legalmente pueda yo aparecer en plena libertad y sin que me vea rodeado de súbditos que no sean de mi gusto. Os pido que no os marcheis:» y la carta acababa con estas palabras. «Vuestro mas seguro, mas verdadero, mas fiel y constante amigo» Hamilton se quedó.

Reunióse el parlamento escocés; sus primeras sesiones parecian anunciar un vivo y enérgico interés en favor del rey. Declaró que sosten-dria el régimen monárquico en la persona y en los descendientes de S. M. asi como sus justos derechos á la corona de Inglaterra, y que se enviarían instrucciones á los comisionados escoceses en Lóndres, á fin de obtener que el rey pasase allá con honor, seguridad y libertad. Pero al otro dia la comision permanente de la asamblea general de la iglesia presbiteriana dirigió al parlamento una esposicion pública, en que lo acusaba de haberse prestado á oír pérfidos consejos, y se quejaba de que con semejante debilidad pusiese en peligro la union de entrambos reinos, esperanza de los verdaderos fieles, para servir á un príncipe que se obstinaba en desechar el pacto de Cristo. Nada podian contra tal intervencion Hamilton y sus amigos. El parlamento manifestó su docilidad anulando su votacion del dia anterior, y los moderados solo obtuvieron que se diese un paso acerca del rey para que aceptase las proposiciones. Carlos á su vez solo respondió con otro mensaje, pidiendo que se le permitiese tratar personalmente con el parlamento.

En tanto que por quinta vez espresaba este deseo, firmaban las cámaras el tratado tocante al pago y á la retirada del ejército escocés. Se habia verificado el empréstito de la capital: el 16 de noviembre salieron